

SERIE:
PROGRAMA DE FORMACIÓN MINISTERIAL POR EXTENSIÓN

LA IGLESIA COMO COMUNIDAD DE PERSONAS

Dr. Pablo A. Deiros

PUBLICACIONES PROFORME
Buenos Aires 2008

Deiros, Pablo

La iglesia como comunidad de personas. - 1a ed. - Buenos Aires: Publicaciones Proforme, 2008.

249 p. ; 22×15 cm. - (Programa de Formación. Ministerial por extensión / Pablo Deiros)

ISBN 978-987-24129-7-5

1. Teología. I. Título

CDD 230¹

Introducción general

La simple pregunta “¿Qué es la iglesia y para qué está en el mundo?” dispara un diluvio de respuestas de las más variadas y contradictorias que uno pueda imaginar. Hace más de dos mil años que los cristianos venimos bregando con este interrogante y parece que todavía no le hemos encontrado una respuesta satisfactoria. En realidad, es probable que, como ocurre con otras cuestiones fundamentales de la fe y práctica cristianas, cada generación en cada contexto tenga que empeñar lo mejor de sí para replantear el tema y elaborar su propia respuesta.

No se puede desarrollar una adecuada teología pastoral y una misiología pertinente para nuestros días, simplemente a partir de la tarea pastoral o de la práctica de la misión, como si éstas se llevaran a cabo en un vacío. La tendencia en muchos seminarios y centros de entrenamiento ministerial a lo largo de la segunda mitad del siglo XX ha sido, precisamente, esta confusión artificial y perniciosa. Con gran ingenuidad se ha sacralizado aquello que da resultado (especialmente en términos de crecimiento numérico), sin hacer una seria reflexión sobre la praxis, y a partir de principios más permanentes que el mero fluir de los acontecimientos. Una suerte de funcionalismo, a veces exitista, ha caracterizado la comprensión de muchos en cuanto a la acción pastoral y el cumplimiento de la misión en América Latina.

Es sorprendente que se hayan logrado resultados extraordinarios en las últimas décadas, a pesar de esta falta de un marco teórico adecuado para la acción. La multiplicación y el crecimiento de las iglesias en el continente han tenido rasgos de un verdadero fenómeno explosivo. Buena parte de este proceso ha sido el fruto de la improvisación, una alta dosis de ingenio y creatividad, y por sobre todo, la misericordiosa gracia del Señor que es capaz de utilizar vasos de barro como somos todos nosotros. Pero así también se han cometido numerosos errores, errores que pueden evitarse si se coloca la acción pastoral y el completamiento de la misión en el marco eclesiológico adecuado.

Por otro lado, la actitud opuesta ha sido también nociva para el desarrollo saludable y dinámico de las iglesias. Se trata de la idea de muchos evangélicos en el continente que sostiene que un probado fundamento bíblico y teológico puede por sí solo garantizar el crecimiento y madurez de la iglesia. Esta falacia de pensar que lo que se considera como “la sana doctrina” es sinónimo de integridad y efectividad ha demostrado ser inútil. No sólo que la interpretación prevaleciente de lo que es “sana doctrina” en el Nuevo Testamento generalmente está equivocada o es parcial, sino que su aplicación ha sido un recurso hipócrita para justificar la inacción de la iglesia.

Insistir en el viejo eslogan: “Aquí las cosas se han hecho siempre así” o “Nosotros somos fieles a la herencia que hemos recibido” puede resultar en la liquidación de la iglesia y en la frustración de todas sus posibilidades. Suponer que porque se tiene una teoría de la iglesia más o menos bíblica y algo coherente en materia teológica, se tiene garantizada la salud y efectividad de la iglesia, es arriesgar su presente y su futuro. Así como la imposición de lo práctico sobre lo teórico genera corrupción, la imposición de lo teórico sobre lo práctico resulta en fosilización.

La iglesia hoy necesita de un marco adecuado para completar su misión de alcanzar con el evangelio del reino a “toda criatura.” Este cuadrante de referencia no puede ser otro que una adecuada eclesiología, que combine teología y misión, teoría y práctica, reflexión y acción. La tarea pastoral y la práctica de la misión se inscriben por necesidad en el contexto más amplio de una eclesiología dinámica, creativa y puesta al servicio del proyecto redentor de Dios, tal como se ha dado a conocer a través de Cristo Jesús. Si hay un elemento deficitario en el desarrollo del reino en América Latina, seguramente éste está ligado a la falta de una adecuada reflexión y praxis eclesiológica. Es probable que el capítulo eclesiológico sea el factor faltante en la rica gama de producciones del pueblo cristiano en nuestro continente. Y esta ausencia se nota de múltiples maneras, y es necesario hacer algo para subsanarla.

Para desarrollar una teología pastoral y una misiología sanas y efectivas es necesario tener en cuenta que la misión cristiana se lleva a cabo desde dentro del contexto de la iglesia cristiana.

Stephen C. Neill: “Lo que necesitamos es una verdadera teología de la iglesia. Todas nuestras eclesiologías son inadecuadas y están fuera de fecha. ... El único propósito central por el cual la iglesia ha sido llamada a existir es que ... ella debe predicar el evangelio a toda criatura. Todo lo demás—ministerio, sacramentos, doctrina, adoración—es auxiliar a esto.”

La comprensión que uno tenga de la iglesia va a tener un impacto profundo en la manera en que uno concibe la misión—y, sin dudas, el entendimiento que tengamos de la misión conformará la comprensión operativa de qué significa la iglesia para nosotros. No es extraño, pues, que desde hace ya varios años éste sea el punto central de la mayor parte de las discusiones que se han desarrollado en nuestro continente en las agrupaciones cristianas de los más variados colores. Más allá de la carátula que cada uno quiera ponerle al debate, la realidad de fondo es que, de manera directa o indirecta, las cuestiones sobre la mesa de discusión giran en torno a lo eclesiológico.

Donald McGavran: “Cualquier teología de la misión verdaderamente evangélica debe establecer una alta doctrina de la iglesia: el cuerpo de Cristo. Porque por su presencia, testimonio y crecimiento, la iglesia es un componente central del plan redentor de Dios.”

Es esencial, entonces, tener bien en claro qué es la iglesia a fin de elaborar una adecuada teología pastoral y misiología, que nos ayuden a confrontar los desafíos de esta hora. En razón de que la iglesia juega un papel clave en la acción redentora de Dios, es importante para nosotros comprender para qué existe la iglesia y cómo quiere Dios que funcione.

Hay mucha confusión en cuanto a la respuesta a la pregunta: “¿Qué es la iglesia?” Parece mentira que así sea, porque quien más o quien menos vive de manera casi cotidiana la experiencia de algo que llamamos “iglesia.” Sin embargo, un repaso rápido a la variedad de respuestas que el interrogante despierta pone en evidencia, por lo menos, la sospecha de que la respuesta no es tan clara y categórica, como algunos suponen.

Debemos recordar que la iglesia no es un edificio o local destinado a fines religiosos, si bien éste es el uso más popular y difundido del vocablo. La iglesia no es una gran institución social, organización o denominación religiosa. Con la crisis institucional y denominacional generalizada que prevalece en estos días, muchos ansiosos por afirmar su identidad denominacional violan sus propios principios denominacionales al confundir su particular facción religiosa con la iglesia. La iglesia tampoco es el clero que sirve como líderes o mediadores religiosos institucionalizados. Desde los días de Cipriano de Cartago (muerto en 258), quien enseñó por primera vez que el obispo es la iglesia y que allí donde está el obispo está la iglesia, no faltan quienes manifiestan la misma confusión.

La iglesia no es una línea teológica determinada (Reformada, Evangélica, Pentecostal), ni una indicación de una territorialidad específica (Iglesia Romana, Iglesia Anglicana, Iglesia de Escocia). En el fondo, estas distorsiones del concepto de iglesia están muy ligadas a los compromisos constantinianos, que a lo largo de muchos siglos han corrompido el concepto neotestamentario de la iglesia. En definitiva, la iglesia tampoco es un sector determinado de la humanidad: los pobres y oprimidos, o el pueblo de Dios, como en décadas recientes han enseñado los promotores de la teología de la liberación y quienes simpatizan con su pobre eclesiología.

La Biblia nos enseña el carácter de la iglesia cristiana. En su primera epístola, el apóstol Juan nos ofrece precisiones claras en cuanto a este particular (1:1–4). Sus palabras son ricas en contenido y elocuentes al describir en lenguaje claro el carácter de la iglesia.

Según Juan, **la iglesia es una experiencia compartida**. Se trata de una experiencia colectiva alrededor de “lo que hemos visto y oído” (v. 3a). Juan enfatiza el carácter concreto y experiencial de lo que los cristianos comparten en esa experiencia que denominamos “iglesia.” Se trata nada menos que de “lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado con las manos” (v. 1). Nótese la repetición enfática del elemento experiencial, personal y colectivo.

Además, Juan indica que **la iglesia es una comunión compartida**, puesto que tiene que ver con la comunión unos con otros. En el v. 3b, dice: “para que también ustedes tengan comunión (*koinonía*) con nosotros.” El elemento de la comunión es uno de los más enfatizados en el Nuevo Testamento en relación con la vida de la comunidad de fe. La vivencia profunda del ágape divino creaba entre los creyentes una química muy especial, que resultaba en relaciones fraternales singulares.

En tercer lugar, Juan señala que la **iglesia es una misión compartida**. Es la misión que compartimos “con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (v. 3c). Queda claro, a la luz del Nuevo Testamento, que la iglesia está en el mundo para cumplir con una misión. Esta misión no es otra que la misión de Dios el Padre, tal como se ha dado a conocer a través de la vida y ministerio de su Hijo, Jesucristo. Pero es también la misión de Cristo, quien se hizo carne para cargar en la cruz con el pecado del mundo y levantarse victorioso de la tumba. Y es la misión de cada creyente, que ha recibido el mandato de Cristo de ir hasta lo último de la tierra con este mensaje, lleno del Espíritu Santo.

La iglesia, finalmente, es un gozo compartido. En el v. 4, expresa: “Para que nuestra alegría sea completa.” Cuando la iglesia es lo que es, es decir, cuando la comunidad de creyentes es verdaderamente la iglesia, el resultado es gozo. Pero este gozo tiene un perfil particular: se trata de un gozo compartido. Es la alegría y satisfacción que resulta de ser lo que uno es, y de hacer lo que se supone hay que hacer. Cuando la iglesia es la iglesia y cumple con su misión, la alegría es completa. Hay gozo en los cielos y también en la tierra.

En definitiva, la iglesia es una comunidad de creyentes que reconocen a Cristo como Salvador y le sirven como Señor, y que se han unido entre sí para un gran fin y misión. Charles Van Engen, querido amigo y compañero en la Escuela de Estudios Interculturales en el Seminario Teológico Fuller (Pasadena, California), ha escrito con acierto: “Las congregaciones locales de todo el mundo ganarán nueva vida y vitalidad a medida que entiendan el propósito misiológico singular por el cual existen, la cultura, el pueblo y las necesidades particulares de su contexto, y la acción misionera a través de las cuales solamente ellas pueden descubrir su propia naturaleza como pueblo de Dios en el mundo de Dios.” No podemos tener una misiología sana sin considerar la naturaleza de la iglesia, del mismo modo que no podemos entender a la iglesia sin mirar a su misión.

J. E. Leslie Newbiggin: “Así como debemos insistir en que una iglesia que ha cesado de ser una misión ha perdido el carácter esencial de una iglesia, así debemos decir también que una misión que no es al mismo tiempo verdaderamente una iglesia no es una expresión auténtica del apostolado divino. Una misión no eclesiástica es una monstruosidad tanto como una iglesia no misionera.”

En las páginas que siguen, intentaremos ganar una comprensión más profunda de la naturaleza de la iglesia, su misión y función, especialmente a la luz del Nuevo Testamento. Este ejercicio nos va a ayudar a discernir mejor una pastoral y una misiología más efectiva para los tiempos que corren.²

² Deiros, P. A. (2008). [*La iglesia como comunidad de personas*](#) (pp. 19–23). Buenos Aires: Publicaciones Proforme.

Fuente: Deiros, P. A. (2008). [La iglesia como comunidad de personas](#). Buenos Aires: Publicaciones Proforme.

CAPÍTULO 2

Carácter

Al pensar en el carácter esencial de la iglesia, el factor fundamental a tener en cuenta es que, como indiqué, la iglesia es una comunidad de personas. Desde los días del ministerio de Jesús en la tierra y su relación con sus discípulos, la reunión de sus seguidores en torno a él ha tenido este carácter comunitario esencial. Alrededor de Jesús—su persona, enseñanzas y acciones—se fue integrando un nuevo tipo de comunidad caracterizada por el amor, la libertad, la verdad, la justicia y la paz. Este nuevo modelo de relación religiosa y este nuevo estilo de vida comunitario resultó totalmente novedoso en relación con lo que hasta entonces había sido la vivencia en el pueblo de Israel. Con Jesús y sus discípulos se inauguró un nuevo tipo de comunidad de fe.

Esta nueva comunidad, que con Pentecostés llegaría a ser la iglesia, se caracterizó por varios elementos de carácter propiamente comunitario. Por un lado, esta comunidad de fe estuvo basada sobre un nuevo pacto, caracterizado por la iniciativa divina en el perdón de los pecados e iniciado por el sacrificio vicario de Cristo en la cruz (Mt. 26:28; 2 Co. 3:6; Ro. 11:27; He. 8:6; 9:15, 16; 1 Jn. 5:20). Además, esta nueva comunidad de fe estaba compuesta tanto por judíos como por gentiles. En otras palabras, se trataba de una comunidad singularmente universal tanto en su alcance como en su significado (Mt. 28:19, 20; Hch. 1:8, 10; Gá. 3:28; Ef. 2:14, 15). En esto, esta nueva comunidad contrastaba notablemente con el universalismo de Israel, que en su mejor expresión fue siempre implícito e intensivo, pero no logró alcanzar una expresión acabada. Finalmente, esta nueva comunidad de fe es el resultado, signo e instrumento de un movimiento salvífico que comienza con la cruz del Siervo Sufriente y que se difunde por el poder del Señor resucitado, hecho presente por el Espíritu en la proclamación del perdón de pecados (Lc. 24:46–49), a los cuatro rincones del mundo.

¿CUÁL ES LA NATURALEZA DE LA IGLESIA CRISTIANA?

La iglesia es esencialmente una comunidad de personas. De todas las definiciones posibles de una iglesia según el Nuevo Testamento, ésta parece ser la más adecuada. Para potenciar la singularidad de su significado habría que agregarle a la frase una expresión que explica su dinámica particular: la iglesia es una comunidad de personas que confiesan a Jesucristo como Señor y que están llenas del Espíritu Santo.

El concepto de comunidad

El concepto de *comunidad* se ha popularizado notablemente en las últimas décadas. Desde la sociología se ha difundido este concepto, que tuvo a Ferdinand Tönnies como uno de sus exponentes más elocuentes. Según él, la *Gemeinschaft* (comunidad) es un tipo ideal o generalizado de sociedad en el que los vínculos sociales se basan en lazos personales íntimos de fraternidad. Tönnies hace una distinción entre dos tipos básicos de sociedad: *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*. La primera significa “comunidad” en alemán y se refiere a un tipo de sociedad que se caracteriza por el predominio de las relaciones primarias íntimas y por el énfasis en la tradición, el consenso, la informalidad y la relación fraterna.

Así, pues, la comunidad es un sistema de relaciones interdependientes, que funciona como una unidad social auto-consciente y constituye el elemento básico de la identificación grupal. Los miembros de la comunidad comparten una cierta identificación entre sí, junto con el sentimiento de intereses comunes y objetivos semejantes. También sostienen un cierto grado de cooperación mutua y una cierta noción de su existencia como comunidad, tanto por parte de sus integrantes como de aquellos que no forman parte de ella.

Douglas P. Biklen: “Algunas personas, si bien no muchas, escogen vivir en aislamiento de otras personas. Pero fuera de ermitaños rurales y reclusos urbanos, la mayor parte de las personas desea la oportunidad de experimentar un sentimiento de pertenencia. Generalmente las personas quieren encontrar su propia comunidad o, para ponerlo más exactamente, crear su propia comunidad, ya sea de amigos, vecinos, obreros o creyentes. Y, esto no es extraño— cuando las personas encuentran comunidad, encuentran que tienen un poder mayor sobre sus vidas. Encuentran maneras de resolver problemas. Encuentran apoyo y un sentido de pertenencia. Encuentran mayor significado en la vida. En el mismo sentido, cuando las personas son aisladas por la fuerza, frecuentemente se transforman en víctimas de la explotación, el autoritarismo y la alienación. Se sienten sin poder, vulnerables y sin importancia.”

La comunidad se caracteriza por relaciones sociales primarias, es decir, relaciones duraderas, basadas sobre el contacto frecuente y directo. Estas relaciones, a su vez, se caracterizan por un profundo compromiso personal y emotivo. Una relación primaria no se limita a la realización de una actividad específica, sino que implica una variedad de intereses y actividades comunes. Los individuos, en una relación tal, se interesan en una amplia gama de la vida de cada uno respecto del otro. Las personas en una relación primaria tienen mucha información recíproca y una amplia extensión de derechos y obligaciones mutuos.

Precisamente por tratarse de un sistema de relaciones primarias, la comunidad se distingue porque las personas se valoran mutuamente como individuos. De este modo, un miembro de la comunidad no puede ser simplemente reemplazado por otra persona con igual competencia para desempeñar un rol particular, como es el caso en una relación secundaria, donde el énfasis está puesto en las funciones interpersonales que llevan a cabo los miembros. Es más probable que los miembros de una relación primaria se consideren recíprocamente como fines antes que como medios, y, así, no es probable que se traten mutuamente de un modo puramente instrumental o formal.

La iglesia es una comunidad

Con lo apuntado hasta aquí sobre el concepto de comunidad es suficiente para entender a la iglesia cristiana como una comunidad particular, caracterizada por relaciones primarias. El compromiso personal y emotivo es con ideales y valores que van más allá de la comunidad misma, pero que le dan existencia y razón de ser. En este sentido, la iglesia es esencialmente una comunidad de creyentes, ligados por el amor fraterno en torno a su fe común en Jesucristo como Señor de sus vidas, y unidos en la procura de grandes fines comunes.

Juan A. Mackay: “Compartimos el concepto de que la iglesia cristiana es básicamente un compañerismo, que ella es la comunidad de aquellos para quienes Jesucristo es el Señor. Creemos que la realidad esencial de la iglesia es la comunidad y que la comunidad es más básica a la realidad de la iglesia que la organización o la estructura, las cuales son secundarias.”

Como ya vimos, Lutero prefería referirse a la asamblea o reunión de los creyentes usando el vocablo alemán *gemeinde* (comunidad) y no la palabra alemana *Kirche* (iglesia), que fácilmente se confunde con un edificio o una institución. En este sentido, la iglesia es la comunidad de aquellos que están unidos a

Jesucristo mediante el Espíritu Santo. A la unión vertical de Cristo con sus discípulos le sigue la unión horizontal de éstos entre sí en virtud de su común relación con Cristo, a través de la operación del Espíritu Santo.

Además, al decir que la iglesia es una comunidad es necesario subrayar la palabra *una*. Como comunidad confesante, la iglesia no se caracteriza por la dispersión sino por la reunión, no está marcada por las diferencias sino por lo que se tiene en común. Cuando el Credo Apostólico dice *Credo unam ecclesiam* lo que está diciendo es que hay una forma del pueblo único de Dios, pueblo que ha oído la voz de su Señor y lo sigue. Karl Barth dice: “Los cristianos verdaderamente ecuménicos no son aquellos que bagatelizan las diferencias y revolotean sobre ellas, sino son precisamente aquellos otros que dentro de su respectiva iglesia son muy concretamente iglesia.”

La iglesia es una, y lo es porque vive de la comunión del mismo Cristo (Mt. 18:20). La presencia viva de él en medio de los que confiesen su nombre y le sirven como Señor coloca en un segundo plano las posibles diferencias y distinciones. Es por esto que, a pesar de la riqueza de matices y experiencias divergentes, la iglesia sigue siendo una.

EJERCICIO 7

Indicar los pasajes bíblicos que correspondan.

El carácter de la iglesia cristiana como una comunidad es ilustrado por el hecho de que tres grandes acontecimientos en la historia del cristianismo neotestamentario ocurrieron en una casa de familia en Jerusalén:

La última cena de Jesús con sus discípulos: .

Las apariciones del Jesús resucitado a los apóstoles: .

La venida del Espíritu Santo: .

Pasajes: Marcos 14:12–26; Juan 20:14–29; Hechos 2.

LA IGLESIA COMO COMUNIDAD

Hay una variedad de elementos, propios de la vida y experiencia comunitaria de la iglesia, que la definen como comunidad. La consideración de estos elementos, a la luz del testimonio escriturario (especialmente la experiencia de los cristianos en Tesalónica), nos ayudará a entender mejor este aspecto cardinal del carácter de la iglesia como una comunidad de personas y captar mejor el misterio de su naturaleza.

Una comunidad de alabanza

La alabanza es la sumisión total al Dios vivo y verdadero. Alabanza es algo más que cantar y celebrar al Señor con entusiasmo. Alabar es obedecer y servir al Señor con todo. Se trata de la expresión de una conversión radical, una conversión como la que experimentaron los creyentes de Tesalónica (1 Ts. 1:9, 10). Hay que tener presente que Tesalónica era una ciudad idólatra por excelencia. Cuando el evangelio llegó a los tesalonicenses ellos recibieron la palabra del Señor y cambiaron su lealtad y el centro de su vida. Noten que se trata de una “conversión,” es decir, de un cambio radical y absoluto de orientación.

Una iglesia que alaba a Dios es una iglesia que sirve a Dios de manera total. En el marco de una sociedad que es pluralista y relativista en materia religiosa, la iglesia debe tener una fe firme y sin contempORIZACIONES. No se puede servir a dos señores. No se trata de fanatismo, sino de un compromiso

radical con Jesús y el evangelio. Cuando invitamos a las personas a confesar a Jesús como Señor no lo hacemos para que confiesen a *nuestro* Jesús (exclusivismo), o a Jesús y *a otros* dioses (pluralismo), o a *cualquier* Jesús (relativismo), o a *una idea cósmica* o amorfa de Jesús (inclusivismo). Nuestra invitación es para que confiesen a Jesús *el* Señor, quien invita a la conversión y a la transformación de vida a todos los que confiesen su nombre.

No hay otra manera de ser la iglesia de Cristo en una sociedad pluralista y relativista. ¿Cómo puede la iglesia sobrevivir en un contexto pluralista como es la ciudad? La iglesia forma parte de la misma cultura de la ciudad y está en el mismo lugar, pero teológicamente es diferente. Su lealtad primera y última está puesta en Cristo su Señor. Como una comunidad de alabanza, es un lugar donde las personas encuentran su verdadera libertad y dignidad, su verdadera igualdad en sumisión a Aquel que es el único Señor y digno de toda alabanza.

Una comunidad de verdad

La iglesia no debe estar fundada sobre las opiniones humanas, por valiosas que éstas puedan ser (1 Ts. 2:3–5). La ciudad está llena de “palabras de hombres” o meras voces humanas (1 Ts. 2:13). La ciudad es un lugar que se caracteriza por la diversidad de opiniones. El ciudadano es bombardeado permanentemente por infinidad de ideas, imágenes, esloganes y relatos que presuponen una concepción del mundo totalmente diferente de la del cristiano. En el mercado de las ideas, la propaganda y las opiniones, la iglesia puede perder su camino si no tiene cuidado de mantenerse firme al contenido de su misión, que es la verdad del evangelio.

La iglesia está fundada sobre la verdad de Dios. La palabra que predicamos, como dice Pablo, es “palabra de Dios” (1 Ts. 2:13). La verdad de Dios y la palabra de Dios son una misma cosa. Todo lo que Dios quiere que sepamos de él está expresado en su palabra, conforme fue registrada en la Biblia por hombres y mujeres que actuaron bajo la guía e inspiración del Espíritu Santo. Esta verdad de Dios no es solo un dogma, credo o doctrina (un cierto conocimiento), sino un poder que actúa en el creyente. De un modo muy real, la iglesia, como la asamblea de aquellos que han sido llamados por Dios para cumplir en su nombre con un objetivo determinado, se reúne en torno a la Palabra de Dios, que deviene poder de Dios (He. 4:12, 13).

R. Falsini. “La asamblea nace de la palabra de Dios que convoca y tiene como centro esa palabra. El pueblo es convocado en su totalidad para escuchar la palabra y para sellar con Dios la alianza mediante una profesión de fe que tomará forma concreta, según la tradición sacerdotal, también en el sacrificio. No se trata de una simple reunión de culto, parecida a las paganas, sino de una convocatoria divina que desemboca en una alianza sellada por la adhesión del pueblo, con lo que éste se convierte en el pueblo de Dios.”

En orden a ser una comunidad de verdad, la iglesia necesita no sólo tener la verdad en su vida, sino también (y esencialmente) ser poseída, dominada, y controlada por la verdad. La iglesia no es guardiana de la verdad, sino proclamadora y anunciadora de la verdad. La mejor defensa del evangelio es su proclamación (1 Ts. 1:8).

Una comunidad de servicio

La iglesia no vive para sí misma sino para su Señor. En todas sus cartas Pablo menciona a Jesucristo como Señor y habla de él mismo como su siervo. Cuando la iglesia vive para sí misma, automáticamente pierde su misión. No importa cuán ortodoxa, pura y entroncada con la más rancia tradición se considere una iglesia: si Cristo no la gobierna, esa iglesia no es de Cristo.

La iglesia ha sido puesta por Dios en la ciudad para ninguna otra cosa que para servir. La iglesia no es una familia humana sino la familia de Dios, y como tal está llamada a ser vecina de todos aquellos a

quienes Dios ama. Leslie Newbigin ha dicho: “[La iglesia] será la iglesia para el lugar específico donde vive, no la iglesia para aquellos que deseen ser miembros de ella—o mejor, será para ellos en la medida en que ellos estén dispuestos a ser *para* la comunidad más amplia.” Una tendencia trágica de muchas iglesias en la ciudad es que se transforman en guetos de los elegidos o de “gente como uno”. Cuando esto ocurre, la iglesia deja de ser la iglesia para transformarse en cualquier otra institución de factura humana.

¿Qué clase de iglesia somos? ¿Somos una iglesia urbana como la de Tesalónica? Alabanza, verdad y servicio deben ser como un trípode que exprese nuestro compromiso con la misión que el Señor nos ha confiado en la ciudad. Como iglesia, no estamos en el mundo para otra cosa que para imitar a Cristo en sus acciones de poder, ser ejemplo a todos los creyentes, y divulgar la palabra del Señor por todas partes. ¿Seremos capaces de lograrlo en obediencia al Señor y llenos de su Espíritu Santo?

Una comunidad de testimonio

Bajo el título “El evangelio y la comunidad del Espíritu” la Declaración de Quito, subscripta en ocasión del Tercer Congreso Latinoamericano de Evangelización (CLADE III), dice: “La persona del Espíritu Santo actúa con poder en el mundo. Lo hace primordialmente por medio de la iglesia otorgándole vida, poder y dones para su desarrollo, madurez y misión. La iglesia, comunidad de reconciliados con Dios, es enviada al mundo por Jesucristo.” Y agrega: “En ella se opera una transformación radical que muestra el propósito divino de eliminar toda injusticia, opresión y signos de muerte. Como comunidad del Espíritu, la iglesia debe proclamar libertad a todos los oprimidos por el diablo e impulsar una pastoral de restauración que traiga consuelo a los que sufren discriminación, marginación y deshumanización.” La iglesia debe ser una comunidad de testimonio como fue la iglesia de Tesalónica (1 Ts. 1:8). Como puede verse a la luz de este caso bíblico, el testimonio de la iglesia debe ser doble.

Por un lado, la iglesia debe dar un *testimonio centrípeto* del mensaje del Señor, es decir, hacia adentro. La iglesia debe darse testimonio a sí misma del poder transformador del Señor (1 Ts. 1:2, 3). Este es el testimonio de la iglesia a los que forman parte de la familia de la fe. Este testimonio centrípeto mueve a la acción de gracias y estimula a otros creyentes. Pablo da gracias a Dios por los cristianos de Tesalónica y les reconoce que “se constituyeron en ejemplo para todos los creyentes de Macedonia y Acaya” (v. 7).

El deber de evangelizar a los que están fuera de la iglesia no nos exime de la responsabilidad de evangelizar a los que están dentro. Esto significa compartir con ellos el mensaje del Señor, darles las buenas noticias de su reino. La iglesia debe evangelizarse a sí misma. Debemos compartir la buena noticia entre nosotros, las palabras tocantes a lo que el Señor hizo para nuestra salvación. Esta fue también la exhortación de Pablo a los tesalonicenses (1 Ts. 4:18).

Por otro lado, la iglesia debe dar un *testimonio centrífugo* del mensaje del Señor, es decir, hacia afuera. La iglesia es una comunidad en la que hombres y mujeres se preparan y sostienen para el ejercicio de su sacerdocio en el mundo. El sacerdocio cristiano debe ser ejercido en la vida del mundo, y no dentro de las cuatro paredes del templo en el que se congrega la iglesia. Los dones del Espíritu Santo son herramientas para servir al Señor en el mundo y para edificar a su iglesia. El propósito de estas gracias es agregar nuevos ladrillos al edificio de la iglesia y no decorar más lo que ya está edificado.

Una iglesia que no testifica al mundo se estanca. La iglesia que no evangeliza se fosiliza. Los tesalonicenses extendieron su testimonio por toda su ciudad, por su provincia, a las provincias vecinas y a todo lugar. Pablo certifica que el testimonio centrífugo de aquellos cristianos llegó a “todo lugar” (1 Ts. 1:8). El vocablo que el apóstol utiliza en este texto cuando dice que el mensaje del Señor “se ha *proclamado* ... en todo lugar” viene del griego *exejeo* que, a su vez, deriva de *ejos*, que significa eco o ruido. Los tesalonicenses hicieron mucho ruido con el evangelio, tanto que tronó como un eco por toda Grecia y Macedonia.

Jon Sobrino: “Creo que la iglesia de los pobres es una iglesia auténticamente misionera dedicada a la evangelización. La misión es mucho más importante que en el pasado; ella ha cambiado el ser mismo de la Iglesia.”

EJERCICIO 8

Completar los siguientes versículos bíblicos usando la versión de tu preferencia.

Como una comunidad de testimonio cristiano, la iglesia debe testificar:

- 1. Sin cesar.** Isaías 62:6:
- 2. En los hogares.** Marcos 5:18–19:
- 3. En el poder del Espíritu Santo.** Hechos 1:8:
- 4. En las reuniones de los santos.** Efesios 5:19:
- 5. Sin vergüenza ni temor.** 2 Timoteo 1:8:
- 6. Estando siempre preparada.** 1 Pedro 3:15:

Una comunidad de responsabilidad mutua

Los tesalonicenses recibieron el mensaje del Señor (1 Ts. 1:6) y compartieron el mensaje del Señor (1:8). La fe cristiana es una vía de doble mano: recibe y da. En realidad, el cristiano recibe la palabra para poder darla. Hay una responsabilidad mutua en la iglesia que se ejercita toda vez que recibimos y compartimos el mensaje del Señor.

Debemos confesar que no siempre hemos entendido bien en qué consiste esta responsabilidad mutua. Pablo entendía la vida cristiana como un ejercicio de responsabilidad mutua. Es interesante notar que en el caso de su primera carta a los tesalonicenses, Pablo se refiere una y otra vez a este espíritu de mutualidad (5:11; 4:18; 4:9). El apóstol veía que este espíritu de mutualidad en la iglesia tenía que ver con cuestiones fundamentales como el amor, el ánimo, la edificación, la paz y la bondad. Ninguna de estas áreas de la vida cristiana podía ser cubierta a menos que fuese mediante el ejercicio de una responsabilidad mutua en la iglesia. La expresión “unos a otros” aparece por lo menos cinco veces en la primera carta a los tesalonicenses. La congregación local está llamada a ser, por la gracia de Dios, una comunidad de responsabilidad mutua, un nuevo orden social, una comunidad modelo.

Cuando pensamos en el alcance de esta responsabilidad mutua, nos damos cuenta que, para que la misma se exprese en toda su plenitud, hace falta la vigencia de una auténtica comunidad. Responsabilidad mutua significa la presencia y experiencia del *amor* unos a otros. Pablo les dice a los tesalonicenses: “Que el Señor los haga crecer para que se amen más y más unos a otros, y a todos, tal como nosotros los amamos a ustedes” (1 Ts. 3:12). Y en 4:9 agrega: “En cuanto al amor fraternal, no necesitan que les escribamos, porque Dios mismo les ha enseñado a amarse unos a otros.”

Además, la responsabilidad mutua involucra el *aliento* unos a otros (1 Ts. 4:18), y la *edificación* unos a otros. Dice Pablo: “Por eso, ánimen y edifíquense unos a otros, tal como lo vienen haciendo” (5:11). Finalmente, la responsabilidad mutua tiene que ver con la *paz* entre unos y otros. Esta paz es alentada por Pablo, cuando dice “Vivan en paz unos con otros” (5:13). Lo mismo ocurre con la *bondad* mutua. Señala el apóstol: “Asegúrense de que nadie pague mal por mal; más bien, esfuércense siempre por hacer el bien, no sólo entre ustedes sino a todos” (5:15).

Una comunidad de santidad

El Credo Apostólico dice “Creo en una santa Iglesia.” ¿Qué quiere decir el Credo cuando habla de *sancta ecclesiam*? Según el uso bíblico, el vocablo “santo” significa algo “apartado,” “consagrado,” o “dedicado” a un fin superior. La iglesia es santa en el sentido de que sus integrantes han sido llamados por Dios para unirse a él y unos con otros, a fin de cumplir con su propósito redentor en el mundo. Para ello han sido escogidos desde antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4–6), redimidos por la sangre de Cristo (Ef. 1:7, 8), reunidos en una comunidad (Ef. 1:9, 10), y enviados al mundo a proclamar un mensaje llenos de su Espíritu (Ef. 1:11–14).

La iglesia no es una comunidad santa en el sentido de que sea perfecta, sino en el sentido de que ha sido llamada a vivir una vida de obediencia para Dios y de testimonio para el mundo. Como indica Emil Brunner: “El Dios que se comunica crea a través de su Espíritu hombres que desean comunicar y deben comunicar aquello que han recibido.” La santidad de la iglesia, entonces, no es un elemento decorativo de la misma, por más espiritual que sea, sino un elemento proposicional. Esto significa que la iglesia es santa porque ha sido escogida y apartada por Dios con un propósito redentor especial. Más que de una cuestión de decoración, se trata de una cuestión de vocación. La iglesia ha sido llamada por Dios a salir del mundo para cumplir en su nombre con una misión particular en el mundo. Es llamada del mundo para ir al mundo a proclamar el evangelio del reino.

Además, la santidad de la comunidad de fe se manifiesta en su vivencia de la justicia divina y en la expresión constante de la misma en el mundo. La Biblia relaciona directamente la santidad, tanto del individuo como de la comunidad de fe, con la justicia. Sin justicia, la santidad es imposible. Dada la naturaleza paradójica de la iglesia, hay que preguntarse concretamente, como lo hace Paul Tillich: “Si la justicia puede ser preservada en cuanto viene usada para la realización de la santidad comunitaria; y si la humanidad puede ser preservada en cuanto viene usada para la realización de la santidad del individuo.” Agrega Tillich: “Si las funciones constructivas de la iglesia, en el poder de la presencia espiritual, conquistan las ambigüedades de la religión (aunque sólo sea de manera fragmentaria), estas funciones deben ser capaces de crear una santidad comunitaria que esté unida a la justicia, y una santidad personal que esté unida a la humanidad.”

Carlos Van Engen: “En medio de un gran mal individual y corporativo, la iglesia jamás debe pensar que la fuerza política o económica puede reemplazar la fuerza de la santidad en el Señor. La iglesia debe ceñirse de la verdad como un cinturón, con la justicia en el corazón de todas sus relaciones, el evangelio como su calzado, la fe como una defensa contra la opresión y el pesimismo, la salvación como su casco, la Palabra de Dios como una espada contra el mal, y la oración como el santo y seña que presenta a Dios la necesidades del mundo. Una vez que la iglesia está vestida de la armadura descrita en Efesios 6:10–20, está lista para comenzar a cambiar al mundo a través del ejercicio de una santidad verdaderamente misionera.”

Una comunidad de esperanza

La iglesia debe ser una comunidad de esperanza. A los tesalonicenses, Pablo los reconoce y anima como a una comunidad de esperanza (1 Ts. 1:3, 10). Las ciudades en las que servimos son uno de los lugares más desesperanzados del mundo moderno. Una de las características más dramáticas de la cultura occidental es la virtual desaparición de la esperanza. Sin esperanza, la vida se torna extremadamente existencialista y superficial, y en consecuencia, carece de perspectiva y de futuro. A veces, la iglesia misma cae víctima de la desesperanza, especialmente cuando pasa por largos períodos de prueba. Quizás la iglesia en Tesalónica tenía problemas con esto. De hecho, en la salutación de su segunda carta a los tesalonicenses, Pablo omite mencionar la esperanza (2 Ts. 1:3; comp. con 1 Ts. 1:3). Según el informe de Pablo, la iglesia ignoraba cuál era su esperanza o por lo menos había comenzado a generar algunas dudas sobre el particular (2 Ts. 2:1–6).

La iglesia debe ser un foco de esperanza en medio de un mundo sin esperanza. A través de Cristo, la iglesia puede y debe proclamar esperanza al mundo. La esperanza siempre mira hacia el futuro, especialmente al glorioso retorno de nuestro Señor Jesucristo. No se trata de un optimismo ingenuo y quietista. La esperanza cristiana es dinámica y productiva; hace algo, opera, produce. Esta esperanza produce constancia, según Pablo, que es la fortaleza paciente frente a la oposición.

Orlando E. Costas: “Por lo tanto, no nos dejemos encerrar por las estructuras de la cristiandad sino, más bien, transformémonos en agentes apostólicos en la movilización de una iglesia sierva hacia su Señor crucificado, fuera de la puerta de una fortaleza eclesiástica confortable y segura. No vendamos nuestra primogenitura misional por la mezcla del potaje de un activismo social barato sino, más bien, seamos profetas de esperanza en un mundo de desilusión y sueños falsos, avanzando hacia la ciudad de Dios—el mundo de la justicia verdadera y de la paz real, del amor genuino y de la libertad auténtica. Amén.”

EJERCICIO 9

Colocar los pasajes bíblicos que correspondan.

La esperanza cristiana:

1. Es lo que capacitó a Abraham para convertirse en padre de la fe: .
2. Es el elemento salvador de la vida: .
3. Tiene su fuente en las Escrituras: .
4. Permanece para siempre: .
5. Debe ser defendida mediante el testimonio de los creyentes: .
6. Inspira una vida limpia: .

Pasajes: 1 Juan 3:3; 1 Corintios 13:13; Romanos 4:18; 1 Pedro 3:15; Romanos 8:24; Romanos 15:4.

LA IGLESIA ES UNA COMUNIDAD DE PERSONAS

La iglesia es una hermandad, la hermandad de aquellos que han sido reconciliados con Dios a través de Jesucristo. Como señala Emil Brunner:

“La *ekklesia* es esta nueva humanidad que es reconciliada con Dios por Dios, y en la que, por lo tanto, cada uno tiene comunión con su hermano. Es la comunidad de aquellos que han sido reconciliados y toman su vida de la reconciliación. No es otra cosa que seres humanos en comunión, en comunión con Dios y en comunión unos con otros.” Como comunidad de personas, la iglesia es una realidad visible y concreta, como lo fue la existencia corporal de Jesucristo. Por eso, la iglesia es la comunidad real y visible de los reconciliados, es decir, personas de carne y hueso.

Karl Barth: “En tanto hay hombres que en uno y otro lugar se reúnen, mediante el Espíritu Santo, con Jesucristo y de este modo también entre sí, surge y existe en uno y otro lugar congregación cristiana visible. Esta congregación es una forma del pueblo, uno, santo y universal, de Dios y una comunión de personas y obras santas, porque, fundada en Jesucristo, se deja gobernar únicamente por él y quiere vivir únicamente cumpliendo su servicio de heraldo y reconoce únicamente en su esperanza, que es su límite, también su objeto y fin.”

La iglesia no es una institución

Por ser una comunidad de personas, la iglesia no debe ser confundida con una institución. La iglesia es el cuerpo de Cristo, pero no es una corporación. El Señor estableció a su pueblo confesante como una comunidad de personas, no como una institución humana. Como comunidad, la iglesia es la compañía de los elegidos y existe porque Dios desde la eternidad se ha propuesto crear para sí un pueblo propio (Ef. 1:9–11; Tit. 2:14). La iglesia se entiende a sí misma como pueblo escogido por Dios, y su origen descansa en la voluntad eterna de Dios y en su propósito de crear una nueva humanidad a través de Jesucristo.

Además, como comunidad de personas, la iglesia es el cuerpo de Cristo sobre la tierra. Fue el Señor quien nos escogió para ser sus discípulos y quien nos colocó en comunión unos con otros ligándonos con su Espíritu, para que le sirvamos en el mundo como testigos (Jn. 15:16). Y ahora nosotros somos su cuerpo, animado y energizado por su Espíritu, que se mueve al cumplimiento obediente de su voluntad, con él como cabeza. En esta comunidad de personas, el lugar del Señor visible (ahora resucitado y glorificado) es tomado por el Señor invisible, presente a través del Otro Jesús, el Espíritu Santo. De este modo, esta comunidad de personas se transforma en un cuerpo, si bien está integrada por muchos miembros relacionados estrechamente entre sí (Ro. 12:5).

A.C. Krass: “Como una sociedad humana, la iglesia está inclinada a tomar la forma de una institución, es decir, tendrá una estructura, tendrá tradiciones, tendrá costumbres, y de tanto en tanto hará regulaciones y reconocerá procedimientos establecidos. Pero la estructura que la iglesia encuentre útil en un lugar y en un determinado momento será diferente de la estructura que pueda necesitar en otros tiempos y en otros lugares. La iglesia asume formas institucionales, pero básicamente es un evento más bien que una institución. La iglesia es lo que ocurre en el encuentro creativo entre Dios y su pueblo. El Espíritu Santo crea a la iglesia en el momento en que él se encuentra con hombres y mujeres, crea fe en ellos, y los mueve al ministerio. ... La iglesia es creada por el Espíritu Santo. Él es su Señor. ... Si las formas se tornan absolutas y fijas, en cualquier iglesia, eso significa que la iglesia está fallando en su alianza al Espíritu Santo, y se está rehusando a reconocer su señorío sobre su vida.”

La iglesia es una comunidad especial

Finalmente, la iglesia es una comunidad de personas especial. La iglesia es una comunidad de personas santificadas. Tradicionalmente se ha dicho que la iglesia es la “comunión de los santos.” No debemos pensar que esta expresión asigna algún valor moral a quienes integran la comunidad de fe. Ya hemos dicho que la iglesia es una comunidad de santidad. Pero aquí, más bien, deseo enfatizar el hecho de que la comunidad que confiesa a Cristo como Señor está formada por hombres y mujeres que han sido apartados por Dios para ejercer los dones conferidos por él y hacer obras santas. Es en la congregación de estas personas separadas del mundo y dedicadas a Cristo, que se adora al Señor, se anuncia la Palabra de Dios, se celebran las ordenanzas o sacramentos, se intercede por las necesidades de otros, y se ejercitan los dones para servir al prójimo en amor.

Paul Tillich: [La iglesia] “es esencialmente un grupo de personas que expresan una realidad nueva que las ha captado. Sólo esto es lo que la iglesia realmente significa. Ella es el lugar donde el poder de la Nueva Realidad que es Cristo, y que ha sido preparada en toda la historia y especialmente en la historia del Antiguo Testamento, se mueve hacia nosotros y se continúa en nosotros.”

LA IGLESIA ES UNA COMUNIDAD UNIDA

De todos los aspectos, el que más se destaca al pensar en la iglesia como una comunidad de personas es el de la unidad. Escribiendo a los cristianos de Corinto, el apóstol Pablo ilustra este aspecto con la imagen de la iglesia como cuerpo de Cristo (1 Co. 12:12, 13). El argumento de Pablo en todo este capítulo tiene que ver con la unidad en el cuerpo de Cristo. En Romanos 12:5, Pablo indica que “nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo, y cada miembro está unido a todos los demás.” La misma idea se repite en 1 Corintios 10:17 y 12:27. En Efesios, hablando de Cristo, el apóstol enseña que la iglesia “es su cuerpo, es la plenitud de aquel que lo llena todo por completo” (Ef. 1:23). La misma idea la repite en Colosenses 1:18. En todos estos textos y varios más, la unicidad del cuerpo ilustra la unidad de la iglesia.

El concepto de la iglesia como el cuerpo de Cristo es probablemente el tema más importante para entender las relaciones cristianas en la comunidad de fe, que es la iglesia. No podemos saber a dónde pertenecemos o quiénes somos en realidad, sin entender el concepto de la iglesia como el cuerpo de Cristo. Pero una vez que esta idea nos queda clara, entonces podemos comprender no sólo nuestra obligación para con Dios, sino también nuestra obligación y relación los unos para con los otros.

En el cristianismo moderno hay tanta organización e institucionalismo, que la verdadera iglesia a veces se encuentra como perdida en la niebla. La mayor parte de las denominaciones no son más que grandes grupos de personas que parecen centrar su identidad en cualquier cosa menos en Cristo Jesús. Estas instituciones existen puramente como estructuras institucionales, sin vida ni sentido en relación con Cristo, la cabeza de la iglesia. En el extremo opuesto, hay otros grupos que se han rebelado tanto contra el denominacionalismo y la iglesia organizada, que han caído en una suerte de anarquía y descontrol.

¿Qué es la iglesia como comunidad unida? ¿Qué significa que la iglesia sea el cuerpo de Cristo? La primera cosa que Pablo nos indica en los versículos citados es que por ser el cuerpo de Cristo, la iglesia goza de unidad.

El paradigma de nuestra unidad

¿Cuál es el paradigma (modelo, ejemplo) para nuestra unidad? Especialmente en 1 Corintios 12:12, Pablo toma al cuerpo humano y lo usa como ejemplo para ilustrar las características de nuestra unidad, enfatizando su existencia y función.

Físicamente hablando, Pablo muestra que el cuerpo humano no es un montón de pedazos o partes diferentes, sino que cada parte está ligada a un todo armónico. Es una unidad que está compuesta de muchos miembros, que cumplen funciones específicas. Sin esta unidad, el cuerpo físico no podría funcionar, ni siquiera existir. Esto es así a tal grado que yo no puedo decir: “Mi mano derecha es tan diestra y hábil que voy a cortarla y mandarla a mi trabajo para que cumpla con mi tarea.” Mi mano dejaría de ser diestra y hábil ... y moriría. Cada miembro del cuerpo necesita de los demás para poder funcionar y ser útil.

Espiritualmente hablando, el principio de aplicación es el mismo. La esencia de un cuerpo físico es la unidad; de igual modo es con el cuerpo espiritual de Cristo. Nosotros somos los miembros de ese cuerpo y Cristo es la cabeza: si nos separamos del cuerpo estamos muertos, no existimos, quedamos sin capacidad para funcionar. Toda la instrucción, todo el poder cerebral, toda la energía, y todos los recursos que hacen que cada parte del cuerpo funcione, vienen de la cabeza del cuerpo, Cristo.

Físicamente, la cabeza es la fuente de vida—podemos cortar la mano o el brazo u otras partes del cuerpo, y el cuerpo seguirá teniendo vida, pero no podemos cortar la cabeza sin que el cuerpo muera. Si cortamos la cabeza, la vida del cuerpo se va. Espiritualmente ocurre lo mismo en el cuerpo de Cristo. Cristo es nuestra cabeza y la fuente de nuestra vida, y sin él no podemos existir (Ef. 5:23; Col. 1:18).

Karl Barth: “La Iglesia es su cuerpo, creado y continuamente renovado por el poder vivificador del Espíritu Santo. No hay justificación teológica, espiritual o bíblica para la existencia de una pluralidad de iglesias genuinamente separadas de esta manera y que mutuamente se excluyan unas a otras internamente y en consecuencia externamente. Una pluralidad de iglesias en este sentido significa una pluralidad de señores, una pluralidad de espíritus y una pluralidad de dioses.”

El punto de nuestra unidad

Según Pablo, la salvación es el punto inicial de nuestra unidad (1 Co. 12:13). Todos nosotros llegamos por un mismo Espíritu a un solo cuerpo, a través de un solo camino: Cristo Jesús. Todos fuimos bautizados en un cuerpo por un solo Espíritu, y todos tenemos a ese Espíritu morando dentro nuestro. Pablo destaca esto refiriéndose en este contexto a dos bautismos.

Por un lado, él hace referencia al bautismo por el Espíritu Santo: “todos fuimos bautizados por un solo Espíritu.” Muchos se preguntan, “¿Qué es el bautismo por el Espíritu Santo?” El bautismo por el Espíritu Santo está definido justo aquí, en la primera parte del versículo 13. Es el Espíritu de Dios colocando al creyente en el cuerpo de Cristo. Es decir, todo creyente entra al cuerpo de Cristo en el momento de su salvación, al ser colocado allí por el poder del Espíritu Santo. Es precisamente este bautismo de regeneración el que experimentamos cuando reconocemos a Jesús como Señor de nuestras vidas. En ese momento, el Espíritu hace morada en nosotros, y comienza a dar testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

Por otro lado, está la plenitud del Espíritu Santo. No solo que fuimos colocados en el cuerpo por el Espíritu, sino que este mismo Espíritu mora plenamente en nosotros. En la segunda parte del versículo 13, el verbo “beber” significa “asimilar” o “apropiarse de.” Esto es, el creyente que ha nacido de nuevo no tiene meramente una parte del Espíritu, sino que todo el Espíritu en su plenitud se hace presente y sienta morada en su ser interior (corazón) del momento mismo en que ha creído en Cristo como Salvador y Señor.

¿Tiene todo cristiano al Espíritu Santo morando plenamente en su vida? ¿Qué dice Romanos 8:9b? Allí leemos: “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo.” No existe tal cosa como un creyente que no tenga el Espíritu Santo. Si pertenecemos a Cristo, entonces tenemos su Espíritu. Nuestra unidad está toda atada con el Espíritu Santo. Él es el punto de nuestra unidad. Es por esto que debemos esforzarnos “por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). Es el mismo Espíritu Santo el que nos regenera, nos bautiza en el cuerpo, y mora plenamente en nosotros desde el día en que nacimos de nuevo.

EJERCICIO 10

Transcribir los versículos que se indican utilizando versiones bíblicas diferentes:

La unidad de los creyentes es siempre unidad en Cristo:

Romanos 12:5:

1 Corintios 10:17:

1 Corintios 12:12:

Gálatas 3:28:

Efesios 4:13:

Fuente: Deiros, P. A. (2008). [*La iglesia como comunidad de personas*](#). Buenos Aires: Publicaciones Proforme.

CAPÍTULO 12

Una comunidad solidaria

La iglesia existe para promover el reino de Dios y hacerlo evidente a todo el mundo. En razón del contexto misionero en el que hoy servimos en el mundo, todas las dimensiones del evangelio deben ser atendidas y expresadas por la iglesia. Las necesidades totales, de todos los seres humanos, en todas partes y de todas condiciones son parte de la responsabilidad que pesa sobre la iglesia en función de su compromiso con el Rey y su reino. El contexto de pobreza, marginación, discriminación, injusticia, opresión, desatención y rechazo en el que vive la mayor parte de las personas obliga a la iglesia a revisar su agenda evangelizadora y a orientarla en la dirección de la satisfacción de las necesidades humanas más urgentes en el nombre de Jesús. En el mundo de hoy, las necesidades físicas y espirituales convergen de manera asombrosa, brindándole a la iglesia una oportunidad magnífica para el cumplimiento de su misión integral. Los pobres son los perdidos y los perdidos son los pobres. Aquellos que son los más pobres y que están en mayor necesidad de oír el nombre de Jesús están viviendo en medio de nuestras ciudades en América Latina, donde como iglesias estamos procurando cumplir con la misión de Dios.

Pedro Arana Quiroz: “En su función profética, la iglesia debe ser la defensora de la vida y los derechos de todos los seres humanos, especialmente de los pobres, los desvalidos, los marginados y los excluidos de su sociedad. En tal sentido, debe instar a los gobiernos a invertir en programas de compensación social, poniendo énfasis enérgico en la capacidad de la solidaridad local—tanto eclesial como de la sociedad civil—para ayudar a los pobres. Amor, servicio y cruz constituyen la tríada permanente para que los cristianos y la iglesia articulen con excelencia su función profética con la función diaconal. Esto lleva a buscar superar la dependencia total de la solidaridad internacional. ... La función profética de la iglesia debe anunciar un nuevo orden más justo, más solidario y más humano.”

Hoy, como nunca antes en América Latina, tenemos como iglesia la responsabilidad de cumplir con un ministerio integral, que exprese una solidaridad cristiana comprometida, especialmente con los que más sufren. Este ministerio simbiótico, que combina la evangelización con la acción social, es la mayor necesidad de esta hora. La evangelización, como los esfuerzos orientados a la proclamación de las buenas nuevas de la salvación que Dios ofrece en Cristo; y, la acción social, como los esfuerzos orientados a la liberación de hombres y mujeres de toda forma de opresión social, política y económica, deben ser expresadas con igual dedicación por las iglesias hoy.

A su vez, la evangelización y la acción social deben permanecer como funcionalmente separadas, relacionalmente inseparables y misiológicamente esenciales para el ministerio total de la iglesia de Cristo. Una comunidad de fe que sabe cómo combinar adecuadamente ambos aspectos de la misión de la iglesia—evangelización y acción social—no va a tener problemas es ser una comunidad solidaria, como fueron las iglesias del Nuevo Testamento.

UNA COMUNIDAD INTEGRAL

El vocablo “integral,” de cuño reciente, ya ha sido usado y abusado lo suficiente como para merecer aclaraciones y especificaciones. A lo largo de los años, ha habido las más diversas tendencias en el afán de definir el ministerio integral de la iglesia. Los énfasis han caído sobre el compromiso de la iglesia con la paz, la justicia social, la pobreza, los derechos humanos o el medio ambiente, todo esto y mucho más generalmente con exclusión de otros factores y sin una conexión clara con la misión de Dios. Muchos de los libros que se han publicado en relación con un ministerio integral han adolecido de una articulación clara de la acción social con la responsabilidad evangelizadora como indispensable. Sin embargo, un ministerio verdaderamente integral va a saber combinar y asociar la evangelización con la acción social solidaria de la iglesia.

Un ministerio verdaderamente integral va a crear un efecto sinérgico (de acción conjunta) en el que realmente el todo será más que la suma de sus partes. En este caso, el todo (la misión de Dios) determina la naturaleza de las múltiples misiones (o funciones) de la iglesia. Integral implica la identidad y distinción de las varias partes en su relación con el todo, y, al mismo tiempo, su naturaleza relacional inseparable. En otras palabras, no puede haber una evangelización efectiva si no está acompañada de una acción social cristiana solidaria, y ésta carece de sentido en términos cristianos si no es acompañada de una evangelización comprometida.

La idea de la iglesia como una comunidad integral con un ministerio integral está bien representada en la Biblia. A lo largo del Antiguo y Nuevo Testamentos, la Biblia indica que la iglesia debe ministrar a la persona humana total. Esto significa abordar tanto las necesidades físicas como las espirituales, mediante acercamientos que ligan inseparablemente, pero separan funcionalmente. Vemos esta idea en las tres formas distintivas de ministerio que son características en el Antiguo Testamento en los roles de juez, profeta y sacerdote.

El ministerio singular y complementario de Moisés y Aarón, por ejemplo, se amalgamó para apuntalar la vida total de Israel como la comunidad del pacto de Dios. Moisés proclamó los mandatos y mensajes proféticos de Dios al pueblo. Aarón fue un pastor que ayudó al pueblo a obedecer las leyes de Dios. Estos dos ministerios funcionalmente separados estaban ligados profundamente. La obediencia individual a las leyes de Dios (proclamadas por Moisés) dependía de un deseo espiritual de agradar a Dios (enseñado por Aarón). El ministerio integral de Samuel asumió los tres roles distintivos de juez, profeta y sacerdote. Cada uno de estos oficios era funcionalmente algo separado y distinto, pero todos ellos eran necesarios para fortalecer y enriquecer la vida comunitaria de Israel.

La idea de un ministerio integral es también evidente en las vidas y enseñanzas de los profetas. Ellos se ocuparon de orientar a hombres y mujeres a prestar atención tanto a su relación vertical con Dios como a su relación horizontal los unos con los otros. Oseas describe la relación vertical como “conocimiento de Dios” (Os. 4:1) y promovía su búsqueda. Isaías llamó a Israel a cumplir con la relación horizontal (Is. 1:17). Si bien las relaciones vertical y horizontal son diferentes y separadas, la enseñanza del Antiguo Testamento ejemplificada a través de Moisés, Aarón, Samuel, y los profetas demuestra claramente que ninguna de ellas puede florecer sin la otra.

El Nuevo Testamento también afirma el concepto de un ministerio integral. El ministerio de Jesús incorporó la idea de ligar la evangelización con la acción social (Mt. 4:23). Si bien la enseñanza, la predicación y la sanidad y liberación de los enfermos eran funciones separadas, todas ellas fueron esenciales en el ministerio total de Jesús. Esto debería ser lo mismo para el cuerpo de Cristo hoy—la iglesia. La enseñanza del apóstol Pablo y la vida de la iglesia primitiva continuaron con este tema. En las cartas a los Romanos y a los Efesios, Pablo dice que este cuerpo consiste de diversos miembros, cada uno con su propia función, y todos trabajando juntos como una sola unidad (Ro. 12:4, 5; Ef. 4:11–13). Las crónicas de la iglesia del primer siglo registradas en Hechos muestran que los primeros cristianos comprendieron y expresaron la noción de un ministerio integral. Se mostraron comprometidos tanto con la proclamación de las buenas nuevas (evangelización) como con llenar las necesidades sentidas de

otros (acción social). Esta estrategia ayudó a la iglesia a crecer hasta llevar a tener una de cada 360 personas en el mundo conocido para fines del primer siglo.

Tetsunao Yamamori: “Dado el desafío de la evangelización mundial para el siglo XXI, Lausana está ofreciendo una voz fresca y revitalizada que impulsa a toda la iglesia para que: reconozca la urgencia de alcanzar a los no alcanzados; ayude a remover los obstáculos para una evangelización efectiva y que se acoja al evangelio integral de palabra y obra proveiendo esperanza para los desesperanzados, un bálsamo de sanidad para los que sufren y el conocimiento salvador de Jesucristo.”

UNA COMUNIDAD CONTEXTUALIZADA

En el Nuevo Testamento, Jesús determinó la naturaleza y tipo de su ministerio en conformidad con factores contextuales. Él se involucró fundamentalmente en una tarea de predicación y de discursos teológicos cuando ministraba a los miembros de las clases superiores, como los saduceos, fariseos, abogados y escribas. Su trabajo con las masas, por otro lado, incluyó no sólo la predicación y la enseñanza sino también la sanidad y alimentación de los pobres. En otros contextos, su ministerio fue básicamente de sanidad. En todos estos casos, la naturaleza de las necesidades de la audiencia fue el factor determinante para definir su ministerio y acción. Al enviar a los doce en una misión de predicación y sanidad (Mt. 10), Jesús instruyó a sus discípulos indicándoles que la receptividad de las personas al ministerio de ellos debía ser el criterio que guiara sus movimientos. El principio en operación aquí es lo que podríamos llamar “integralidad contextual.”

El principio de la integralidad contextual determinó también el carácter del compromiso y prioridades de la iglesia primitiva. Inmediatamente después de Pentecostés, la iglesia llevó a cabo su ministerio en términos de predicación, enseñanza, sanidad y solidaridad, como está ilustrado por el libro de los Hechos. A lo largo de todo el tiempo en el que la iglesia continuó ministrando en un contexto predominantemente judío, expresó su fe y su vida mayormente en términos de ese contexto judío y continuó con prácticas como la adoración en el templo y la circuncisión. Pero cuando la iglesia se movió al mundo gentil, el nuevo contexto demandó de expresiones diferentes de la fe y la vida de la iglesia, como queda claro en la estrategia de Pablo con los gentiles.

Una iglesia que aspire a cumplir con un ministerio verdaderamente contextualizado en América Latina, muy pronto descubrirá la necesidad de mantener en una tensión dinámica balanceada el objetivo de traer redención integral (física y espiritual) a la comunidad en que sirve. El mensaje de redención (evangelización) tiene que ir acompañado de acciones redentoras en la sociedad. La meta de un ministerio integral contextualizado es la sustentabilidad tanto en la esfera física como la espiritual. Es procurar que la comunidad y las personas avancen hacia todo el potencial dado por Dios para una vida humana plena, conforme él lo manifestó en Cristo y según su propósito eterno. La iglesia debe ser, en este sentido, un modelo vivo de lo que Dios se propone hacer en Cristo, en el poder de su Espíritu. Para ello, la comunidad de fe debe ser equipada para moverse más allá de la satisfacción de sus necesidades físicas y de llegar a un número creciente de creyentes, a desarrollar un amor profundo por Dios y los unos a los otros, manifestando el fruto del Espíritu Santo y alcanzando a otros con una actitud de servicio.

Para que la sustentabilidad física se dé, las personas tienen que ser equipadas para progresar e ir más allá de sus necesidades físicas elementales. Para que la sustentabilidad espiritual se dé, tiene que haber un grupo de creyentes en Cristo que crezca integralmente (en cantidad y en calidad), hombres y mujeres que amen a Dios y los unos a los otros, manifestando el fruto del Espíritu y alcanzando a otros con el evangelio integral. En otras palabras, debe haber una evidencia clara de personas que lleguen a conocer a Cristo y maduren en él a través del ministerio contextualizado y solidario de la iglesia, de modo que se integren a la comunidad de fe y se involucren en el servicio a otros.

Cuando una iglesia solidaria está contextualizada se produce una doble circulación en su acción o lo que podría denominarse como “círculo de reciprocidad.”

La iglesia evangeliza proclamando el evangelio del reino y conduce a las personas a la redención espiritual, pero esta proclamación está acompañada de acciones de amor que redimen a las personas de su condición de pobreza, opresión e injusticia. A su vez, personas que han recibido muestras del amor y poder de Dios para sanar, liberar, prosperar y dignificar se muestran más receptivas a reconocerlo como Señor y experimentar redención espiritual. En este sentido, la redención social lleva a la redención espiritual, así como la redención espiritual lleva a la redención social.

Orlando E. Costas: “... hemos enfatizado la importancia del contexto para la teología, la naturaleza dinámica de la contextualización, sus raíces teológicas en la encarnación y el imperativo de encarnar a Cristo en nuestros contextos respectivos de opresión para una comunicación significativa del evangelio en el mundo de los oprimidos. Sin embargo, el punto no es una cuestión de precisión teológica y conciencia misionológica sino, más bien, de compromiso y práctica. La cuestión real es si nosotros como cristianos estamos dispuestos o no a sumergirnos en las situaciones concretas de los desposeídos de nuestras sociedades y testificar del señorío de Cristo y de su condición de Salvador desde adentro, un compromiso que tendrá que ser verificado en nuestra participación en la transformación concreta de estas situaciones. Cualquier otra cosa es pura charla, y el reino de Dios ‘no es cuestión de palabras sino de poder’ (1 Co. 4:20).”

EJERCICIO 54

¿Cuáles de los siguientes pasajes presentan ejemplos de contextualización?

Marcar con una X.

1 Corintios 9:19–23	Mateo 4:23
Juan 16:12	Juan 21:5
1 Corintios 3:2	Hebreos 5:12
1 Juan 2:13	Gálatas 3:28

UNA COMUNIDAD SOLIDARIA

La iglesia es llamada por su Salvador y Señor a ser una comunidad solidaria en el mundo de necesidad en el que estamos sirviendo. Para ello, será necesario que prestemos atención a algunas características que distinguen a una auténtica comunidad solidaria, y luego, que tomemos en cuenta algunos factores que hacen posible que una comunidad solidaria lleve a cabo un ministerio integral y efectivo.

Características de una comunidad solidaria

¿Cuáles son las características observables en una comunidad solidaria?

Primero, una iglesia solidaria es una comunidad con *un compromiso incondicional a Cristo*. Las congregaciones de veras solidarias ponen de manifiesto el deseo de servir a Cristo por sobre cualquier otro interés en este mundo. Estas comunidades de fe están listas a pagar cualquier precio y a hacer frente a cualquier costo que demande un discipulado cristiano obediente. Este compromiso es el punto de partida indispensable para toda iglesia que desee transitar el difícil camino de la solidaridad.

Para muchos, este tipo de compromiso suena difícil, casi imposible. Pero la realidad es que cuando una comunidad de fe se somete a este estilo de vida, descubre que es un camino maravilloso y lleno de experiencias increíbles. De hecho, hemos sido creados para vivir no sólo como colaboradores responsables del Dios Todopoderoso, sino también como sus siervos obedientes. Por lo tanto, no es de sorprender que cuando actuamos en obediencia a su señorío, experimentamos un gozo fantástico y una satisfacción muy concreta.

Segundo, una iglesia solidaria es una comunidad con *una pasión encendida por la evangelización integral de los perdidos*. La pasión evangelizadora es crucial. Hay miles y miles de iglesias y ministerios cristianos que están involucrados en satisfacer las necesidades materiales de las personas, pero la mayoría de ellos pocas veces invitan a las personas de manera explícita a venir a Cristo. La gente no viene a Cristo automáticamente. Las personas vienen a Cristo cuando el pueblo que los sirve está dispuesto a compartir con ellos el tesoro más preciado que tienen, es decir, a Jesucristo, el Salvador. Esto ocurre cuando oran regularmente por los perdidos y buscan oportunidades para animar a las personas a creer en él y obedecerle.

Esto no significa ejercer una evangelización “belicosa” o “presionadora.” No se trata de meterle un folleto evangelizador adentro del pan que les damos para alimentarlos o en el bolsillo del saco que les ofrecemos para abrigo. Una evangelización amistosa y solidaria se expresará a través de un genuino interés por la persona total en necesidad. Pero esta evangelización tiene que ser intencional para que sea efectiva, y debe ser la pasión de todos los miembros de la iglesia. Una iglesia solidaria debe rechazar como nociva y letal la idea de una evangelización indirecta, de presencia e influencia, a través de variados servicios comunitarios. La proclamación de las buenas nuevas debe ser explícita y regular. Y no va a ser así a menos que los líderes tengan un corazón evangelizador, y animen y entrenen a todo el pueblo para participar en esta visión. Es mucho más fácil proveer de santuario, ofrecer alimentos, ropa y medicinas, prestar ciertos servicios fundamentales y educar. Pero a menos que las personas se conviertan a Cristo, no se van a producir cambios y transformaciones importantes en la comunidad.

Tercero, una iglesia solidaria es una comunidad que hace *una opción preferencial por los pobres*. La situación desesperante de los necesitados y oprimidos debe ser una prioridad para la iglesia local. La comunidad de fe debe estar convencida que esta opción fue central en el anuncio que Jesús hizo de las buenas nuevas del reino (Lc. 4:16–19). La iglesia debe predicar y practicar la verdad bíblica que no conocemos a Dios a menos que compartamos la pasión de Dios por la justicia para con los pobres (Jer. 22:16). Ya sea que la congregación esté ubicada en el corazón de la ciudad o en un barrio miserable, debe dedicar una buena parte de su ministerio a servir a los pobres y marginados.

Orlando E. Costas: “Dar un testimonio personal, ..., no significa dar un testimonio aislado y privado a individuos desde una situación abstracta y a-histórica. Por el contrario, dar testimonio involucra una declaración *pública* gozosa por parte de alguien que ha experimentado vida abundante en Jesucristo y participa en su compromiso apasionado con los pobres, los que no tienen poder y los oprimidos. Sólo desde adentro de una experiencia transformadora y de un compromiso radical de este tipo puede haber un testimonio evangelizador auténtico. Fue esta dura realidad la que llevó a tantos líderes socio-religiosos y eruditos de su día a escandalizarse de Jesús. No obstante, lo que fue tan difícil de entender y aceptar para los poderosos y sabios, los pobres, los ignorantes y los discapacitados fueron capaces de captarlo (Mt. 11:25).”

Cuarto, una iglesia solidaria es una comunidad con *un interés sincero por la persona total en comunidad*. Una iglesia dedicada a la “salvación de las almas” está cumpliendo con la mitad de su ministerio y está predicando un evangelio a medias. Alma y cuerpo, mente y espíritu, corazón y estómago, manos y pies, personalidad y comunidad, todo esto y mucho más debe formar parte de la agenda de una iglesia misionera. El evangelio no consiste meramente en la aceptación del perdón de los pecados, para luego seguir viviendo el mismo estilo de vida racista, discriminador, promiscuo, vicioso y pecador que antes. El evangelio de Jesús es las buenas nuevas del reino que transforma todo: las relaciones del creyente con Dios, con el prójimo, consigo mismo y con el planeta en que vivimos. Las personas no son ermitaños aislados sino seres espirituales y físicos que viven en comunidad. Por lo tanto, en obediencia al ejemplo y mandamiento de Cristo (Jn. 20:21), debemos preocuparnos por la persona total y la sociedad de la que es parte.

Ronald J. Sider: “No tengo absolutamente ninguna duda que si un diez por ciento de los cristianos en el mundo hoy obedecieran la comisión de Jesús en Juan 20:21, experimentaríamos un crecimiento eclesial explosivo y una transformación social arrolladora. ‘Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes,’ ordenó Jesús. Nuestro Señor se preocupó por la persona total en comunidad, y así deberíamos hacerlo nosotros. Cuando compartimos todo el evangelio con toda la persona, Dios obra milagros en las vidas de los pobres, quebrantados y desesperanzados. Los individuos son re-hechos y las sociedades son transformadas.”

Quinto, una iglesia solidaria es una comunidad que hace *una selección adecuada de proyectos que permitan a cristianos comprometidos desarrollar amistades informales con no creyentes*. Estas comunidades solidarias estructuran su organización y desarrollan sus programas dando prioridad a las personas y sus necesidades. Su orientación no es hacia adentro sino hacia fuera. Su agenda la determinan los que todavía no son miembros de la comunidad de fe, a quienes procuran alcanzar de manera amigable, pero no chavacana. Esta es la razón por la que sus ministerios solidarios y sociales, al demostrar un interés práctico por la persona total, son tan poderosos y efectivos. La mayoría de los cristianos tiene pocos contactos cercanos, permanentes y fructíferos con personas no cristianas. Pero las iglesias solidarias abundan en este tipo de contactos debido a su actitud afectuosa y desinteresada.

Sexto, una iglesia solidaria es una comunidad que hace *una contextualización profunda que la ubica entre los necesitados*. Una iglesia que de veras quiere mostrarse solidaria aprenderá no sólo a entender el contexto en el que sirve, sino que se identificará lo más posible con el mismo. Tal comunidad será una parte integral del barrio, será reconocida como importante por los vecinos, y contará con un alto grado de respeto y reconocimiento comunitario. Cuando una iglesia llega a ser parte del paisaje urbano, al punto tal que los vecinos consideran que tal comunidad de fe les pertenece aunque no estén integrados a ella, tal congregación está demostrando estar verdaderamente contextualizada y ser auténticamente solidaria.

Séptimo, una iglesia solidaria es una comunidad con *una apertura amplia a la asociación y participación con todo el cuerpo de Cristo*. Uno de los problemas que muchas iglesias confrontan (o al menos usan como excusa para no comprometerse) es la falta de recursos para hacer frente a su misión como agentes de transformación social. La asociación y participación con otras congregaciones en el cuerpo de Cristo puede brindar a los que tienen y a los que no tienen todos los recursos y oportunidades necesarios para sentirse útiles en el reino (Hch. 4:32–37). Para que esta asociación funcione, debe caracterizarse por la dignidad, el respeto y el aprendizaje mutuos. Las iglesias que son financieramente “pobres” tienen mucho para enseñar a las iglesias “ricas.” Al mismo tiempo, los ministerios en lugares de gran necesidad necesitan de ayuda financiera externa para poder cumplir con su cometido. Si los recursos son dados en un espíritu de participación amorosa y de mutuo aprendizaje, es importante que la ayuda financiera tenga como objetivo alimentar la autonomía económica local y no crear situaciones de dependencia.

Octavo, una *disposición permanente a servir llenos del Espíritu Santo*. Cualquier emprendimiento de la congregación local, por ingenioso y bien intencionado que sea, necesita de un compromiso de largo aliento en la oración y la dependencia del Espíritu Santo. Un sentido profundo de confianza en el amor del Padre, la gracia del Hijo y el poder del Espíritu Santo es fundamental para que la iglesia pueda actuar como levadura en la sociedad. Cuanto más integral sea la misión, tanto más importante es la presencia poderosa del Espíritu. Evangelización, renovación y transformación son experiencias en la misión de la iglesia que demandan de la operación plena del Espíritu.

Una visión integral del reino que resulte en comunidades de fe solidarias es una de las necesidades más urgentes en las iglesias cristianas hoy en América Latina. El estado calamitoso de la población demanda de iglesias que estén comprometidas con un creciente ministerio comprehensivo de evangelización y de transformación social. En verdad, ésta es una de las necesidades más demandantes hoy. Cambiar al mundo no es en realidad lo más difícil. El gran problema es persuadir a los cristianos a que imiten a Jesús en su actitud de amar al mundo y hacer algo por él.

Ministerio integral efectivo

Hay ciertos factores que conducen a la iglesia, como comunidad solidaria, al cumplimiento de un ministerio integral efectivo. Brevemente los vamos a enumerar.

El primer factor es la *oración*. Para que un ministerio holístico rinda fruto, la iglesia tiene que darle a la oración la más alta prioridad. Sin oración, nada importante puede ocurrir. Debemos orar en cada paso que demos como iglesia solidaria en el cumplimiento de nuestro ministerio holístico, si de veras queremos la sustentabilidad física y espiritual de las personas a quienes estamos sirviendo.

El segundo factor es un *concepto integral de ministerio*. Es obvio que para que un ministerio integral rinda fruto, es necesario que la iglesia como comunidad solidaria esté comprometida con un concepto de ministerio integral claramente delineado. Este concepto tiene que ser parte de la declaración de visión y misión de la comunidad de fe. No se trata, por otro lado, de una cuestión de moda y que hay que implementar porque otros lo están haciendo. La comunidad de fe debe estar convencida por la Palabra de Dios y el Espíritu Santo, que la comprensión integral del ministerio es la única posible para una auténtica congregación que confiesa a Cristo como Señor.

El tercer factor es contar con el *liderazgo adecuado*. Para que el ministerio integral dé frutos, deberá prestarse la mayor atención a la formación y habilitación del liderazgo de la iglesia. A menos que líderes entusiastas, vibrantes y dinámicos sean puestos al frente del proceso y estén convencidos de que éste es el camino que debe seguir la iglesia en el cumplimiento de su misión, todo el proyecto fracasará. Los líderes tienen que tener bien en claro la dinámica entre evangelización y acción social, y deberán ser capaces de mantener el sensible balance entre ambos aspectos del evangelio del reino.

El cuarto factor es un adecuado *conocimiento del contexto*. Para que el ministerio integral dé fruto, el pueblo y especialmente los líderes deben desarrollar el conocimiento más profundo posible del contexto en el que sirven. Esto significa desarrollar un conocimiento preciso de la realidad cultural, social, política y económica de la comunidad. Para ello, deberán ser capaces de manejar los instrumentos sociológicos y antropológicos que les permitan adquirir tal conocimiento. ¿Quiénes son las personas en esta comunidad? ¿Qué es lo que creen? ¿Cómo se comportan? ¿Qué es lo que la mayor parte de las personas hacen para ganarse la vida? ¿Cómo son los matrimonios y las familias? ¿Quiénes son las personas que responden con más facilidad al evangelio? Estas preguntas y muchas más son clave para que la iglesia como comunidad solidaria pueda cumplir un ministerio integral efectivo.

El quinto factor es un adecuado *sistema de comunicación*. Uno de los problemas más graves en la sociedad humana y la raíz de mucha opresión y sufrimiento es la carencia de un adecuado sistema de comunicación. Si iglesia quiere de veras ser una comunidad solidaria que lleve a cabo un ministerio integral fructífero, deberá identificar los mejores medios a través de los cuales comunique su mensaje y acción. La comunicación en cualquier comunidad humana es siempre más efectiva cuando se utilizan los

canales ya establecidos. Los familiares, los vecinos, los amigos, entre otros, representan verdaderas redes de comunicación a través de las cuales el evangelio puede fluir mejor. El libro de los Hechos presenta numerosas ilustraciones de esto. La iglesia no debe imponer sus propios códigos, símbolos o lenguaje de comunicación, a menos que quiera arriesgarse a fracasar en su misión de proclamar el mensaje. Las líneas existentes de comunicación en una sociedad son siempre los mejores canales para la transmisión del mensaje redentor.

EJERCICIO 55

Trazar líneas uniendo lo que corresponda:

El libro de los Hechos presenta numerosas ilustraciones de un sistema de comunicación adecuado, mostrando la manera en que el testimonio cristiano fluyó de persona a persona.

Mujeres distinguidas	Hechos 16:32
Amigos y parientes	Hechos 16:14, 15
Vecinos	Hechos 13:12
Familia	Hechos 8:26–38
Contactos fortuitos	Hechos 17:12
Personas en la misma casa	Hechos 9:32–35
Autoridades de gobierno	Hechos 10:24, 44
Visitas	Hechos 28:30, 31

El sexto factor es *capacitación y envío*. Para que el ministerio integral dé fruto, la iglesia solidaria debe desarrollar sistemas de capacitación y alcance. Las personas tienen que ser discipuladas y ayudadas a crecer en su comprensión del evangelio a fin de que puedan ser enviadas a servir a un mundo en necesidad. Debe mantenerse el balance entre capacitación y envío. Hay iglesias que inclinan la balanza hacia uno u otro de estos dos aspectos, y pierden efectividad en el cumplimiento de la misión. Hay creyentes que se pasan la vida tomando cursos y nunca hacen nada por el prójimo. Hay otros que son súper-activos en servir, pero lo hacen sin la necesaria capacitación, y fracasan. En una iglesia solidaria con un ministerio integral efectivo cada creyente recibe instrucción y cuidado para madurar en la gracia, crecer en su conocimiento del Señor Jesucristo, y llegar a ser un miembro responsable de la iglesia y la sociedad.

El séptimo factor es descubrir los *puentes redentivos*. Para que un ministerio integral dé fruto es necesario que la iglesia descubra aquellos puntos de contacto entre el evangelio y la cultura, que faciliten la recepción del mensaje y poder del reino. Muchas veces nos desgastamos y frustramos al tratar de penetrar con el evangelio la coraza de resistencia en una determinada comunidad, cuando en esa misma comunidad hay áreas permeables al evangelio que debemos identificar. Cuando una iglesia

descubre estas áreas, encuentra que su tarea evangelizadora y de acción social no sólo es mucho más llevadera sino que resulta mucho más efectiva. A veces ocurre que se producen ciertas circunstancias (guerra, crisis económica, desaliento generalizado, catástrofes, etc.) que abren el corazón de muchos sectores en la comunidad y lo exponen más fácilmente al evangelio y la acción cristianos. Una iglesia solidaria sabrá como aprovechar para el reino estas circunstancias.

UNA COMUNIDAD TRANSFORMACIONAL

Transformación representa un nuevo concepto en la misiología contemporánea, que tiene profundas implicaciones eclesiológicas. Se refiere al servicio o trabajo cristiano que se lleva a cabo para cambiar una comunidad mediante la transformación de sus estructuras injustas en estructuras más justas, conforme al evangelio del reino de Dios, en el nombre de Jesús y en el poder de su amor. Según Bruce Bradshaw: “Como una expresión de la misión cristiana, el desarrollo transformacional procura cambiar los presupuestos espirituales que forman la base de una estrategia de supervivencia en una cultura particular. El cambio es de una creencia en el presente medio ambiente espiritual de una cultura a la fe en el Dios trino como el Creador, Redentor y Sustentador del mundo.”

Una estrategia de supervivencia es una combinación de todas aquellas actividades que contribuyen al bienestar humano (*shalom*) en una cultura particular. Un proyecto de misión cristiana transformacional desarrollará una estrategia de supervivencia que incluya: asistencia a la salud (medicina), atención a las necesidades físicas de alimento y vestido, desarrollo de medios que den acceso a la población a la adquisición de bienes y de servicios a bajo costo, provisión de programas educacionales y de desarrollo de pericias técnicas y laborales, gestión de pequeños emprendimientos y generación de fuentes de trabajo digno, construcción de viviendas, deportes y esparcimiento, promoción humana y desarrollo de la familia, y satisfacción de las necesidades espirituales y morales de las personas.

La base bíblica para este desarrollo transformacional es Colosenses 1:15–20. Este pasaje encierra tres puntos clave para entender la responsabilidad cristiana frente a las necesidades sentidas de las personas a quienes servimos en el nombre de Jesús. Primero, Cristo es supremo en toda su creación. Un proyecto de desarrollo transformacional señala hacia la supremacía de Cristo sobre todo lo creado, y afirma que las actividades orientadas hacia el desarrollo humano a fin de cambiar radicalmente las condiciones de injusticia en bienestar integral (*shalom*) deben dar testimonio del carácter y la acción redentora de Dios a través de Cristo.

Segundo, Dios reconcilia consigo mismo a los elementos visibles e invisibles de su creación a través de Cristo. Esta reconciliación es de vital importancia para el desarrollo transformacional. El término griego que Pablo utiliza en este pasaje (*apokatallasso*), que significa volver a reconciliar o reconciliar completamente, es una expresión muy singular del verbo *katallasso*, que es el vocablo común para referirse a esta acción. Al agregarle la preposición *apo*, Pablo intensifica el carácter de la acción e indica una reconciliación completa (total, integral). Cristo ha reconciliado a todas las cosas y a todos los seres humanos con Dios. De modo que, parece como que el apóstol acuñó este vocablo único para comunicar un concepto comprehensivo de la reconciliación obrada por Cristo, involucrando en su acción cosas que de otra manera no podrían ser reconciliadas. Cada aspecto de la vida humana y sus múltiples relaciones es el objeto de esta acción reconciliadora integral y completa de parte de Dios a través de Cristo (v. 20).

Tercero, el resultado de la obra reconciliadora de Dios a través de Cristo es la paz. En el Nuevo Testamento, paz significa un sentido de armonía en todo lo creado. La paz resulta cuando las personas y las comunidades humanas se dan cuenta de que, a través del poder de la gracia de Dios, pueden encontrar satisfacción a sus necesidades físicas, sociales, emocionales y espirituales. Al integrar y encarar estas necesidades, el desarrollo transformacional afirma que la obra reconciliadora de Dios a través de Cristo trae una plenitud de paz desconocida a la creación corrompida por el pecado.

La iglesia es responsable de llevar a cabo una misión integral y transformacional. El pasaje bíblico que mejor ilustra la importancia superlativa que el Señor le asigna a la misión transformacional de la iglesia es Mateo 25:31–46. La extensión misma del pasaje es elocuente en cuanto a la trascendencia de la acción cristiana solidaria como expresión de amor y compromiso con el reino de Dios. En su cuadro del día del juicio, Jesús describe a personas de todas las naciones reunidas frente a él. El criterio utilizado para decidir quiénes entran en su reino y quiénes no, no es qué tipo de credo y confesión de fe han sostenido, cuán abundante y frecuente ha sido su adoración, cuán profunda ha sido su espiritualidad, cuánto dinero o tiempo o esfuerzo han empeñado en su vida religiosa, u otro de estos elementos tan valorados como importantes por muchos cristianos. Más bien, su criterio es: ¿qué hicieron ustedes cuando “tuve hambre, tuve sed, fui forastero, necesité ropa, estuve enfermo, estuve en la cárcel”? (vv. 35, 36).

En la comprensión de la misión de la iglesia que tenía Jesús, palabra y acción, proclamación y demostración, hacer justicia y predicar la gracia iban juntos. La relación entre evangelización y transformación social, entre evangelio y el llamado a la reconciliación y la paz (Is. 65:17–25) no es ajena a la misión de una iglesia auténticamente involucrada en un ministerio transformacional. Como indica Lesslie Newbigin: “Nuestra fe es que la palabra de Dios es en verdad el poder de Dios para salvación –no solamente el rescate de cada uno e nosotros por separado, sino la sanidad, la integración de toda la creación y el cumplimiento de toda la voluntad de Dios.”

Samuel Escobar: “Las sorpresas de hoy ofrecen a la iglesia en América Latina una hueste de nuevos desafíos misionológicos. No obstante, la visión misionera de Pablo permanece como una guía confiable. En el camino hacia el nuevo milenio, la iglesia en América Latina necesita encontrar nuevas maneras de proclamar el evangelio de Jesucristo, teniendo en cuenta su llamado, completando su tarea y luchando por una transformación radical de su realidad.”